

PASTORAL COLECTIVA DEL EPISCOPADO PARAGUAYO

Sobre la Universidad Católica "Nuestra Señora de la Asunción"

CONFERENCIA EPISCOPAL PARAGUAYA

5 de Junio de 1960, fiesta de Pentecostés

- Nos, Aníbal Mena Porta, por la gracia de Dios y de la Santa Sede
Arzobispo de Asunción y Presidente de la Conferencia Epis-
copal Paraguaya,
Nos, Emilio Sosa Gaona, Obispo de Concepción;
Nos, Agustín Rodríguez, Obispo de Villarrica;
Nos, Ramón Bogarín Argaña, Obispo de San Juan Bautista;
Nos, Walter Veervoort, Vicario Apostólico del Pilcomayo;
Nos, Angel Muzzolón, Vicario Apostólico del Chaco;
Nos, Juan Wiesen, Prelado Nullius de Encarnación;
Nos, Aníbal Maricevich, Obispo Auxiliar de Asunción;
Nos, Julio B. Laschi G., Obispo Auxiliar de Concepción.

Al Clero secular y regular y a los fieles de la Provincia Eclesiástica
del Paraguay

Salud y bendición en el Señor.

Con inmenso gozo os dirigimos, dilectísimos hijos, nuestra palabra de Pastores y Maestros de vuestras almas. Estamos seguros que sabréis recibir con entera comprensión el presente mensaje que os lleva al mismo tiempo alegría, deseos de bienes estables e imperecederos y un llamado a la valoración eficaz de una gran obra que acaba de nacer no sin visibles bendiciones de Dios.

Después de madura reflexión, sustentada y orientada por directivas pontificias y por las necesidades espirituales de nuestro país, hemos decretado, el 13 de febrero de este año de 1.960, la fundación de la Universidad Católica "Nuestra Señora de la Asunción".

Aunque modesta en su aparición, la Universidad Católica constituye uno de los acontecimientos de mayor trascendencia de la historia de la Iglesia en el Paraguay, y la aceptación unánime con que es recibida, en los distintos sectores de la vida nacional, demuestra que viene a responder a las profundas aspiraciones y a las no perdidas esperanzas de renovación espiritual y moral que nuestro cristiano y abnegado pueblo alimenta en lo más íntimo de su ser.

Inclinados humildemente ante Dios, "Padre de las luces, de quien procede toda dádiva buena y todo don perfecto" (1), le damos rendidas gracias por este inmerecido beneficio, y con fe y amor sinceros agradecemos a la Ssma. Virgen de la Asunción, cuya advocación lleva por nombre y escudo la Universidad Católica. Como lo atestigua la historia del Paraguay, Ella siempre estuvo presente en sus días felices e infaustos como bondadosa Madre, Abogada eficaz y misericordiosa Intercesora. Y hoy, no dudamos que por su instante mediación ante el Verbo del Padre, el Hijo de Dios Vivo, encarnado en sus purísimas entrañas, vio la luz en nuestra tierra la Universidad Católica que ponemos bajo su amparo, cual Sede de la Sabiduría, "madre de la hermosa dilección, del temor, del verdadero conocimiento y de la santa esperanza" (2).

Nuestro pensamiento vuela del pasado al presente y al futuro, porque la luz de un claro día, sereno y lleno de paz y gracias celestiales, se derrame sobre nuestra amada patria.

En esta oportunidad, deseamos exponer aquellos puntos que fundamentan la actitud, pensamiento y derechos de la Iglesia con relación a los Centros de Cultura Superior.

1 — Principios generales

El Unigénito Hijo de Dios, “el Verbo que en el principio existía, estaba en Dios y era Dios, se hizo hombre y habitó entre nosotros, lleno de gracia y de verdad” (3). Entró en íntima unión con la naturaleza humana, para devolverle su primera dignidad y nobleza y elevarla a la participación de la vida del mismo Dios. Vino a este mundo a dar testimonio de la verdad, para que todos los que son de la verdad oigan su voz (4); señaló que el último fin del hombre, el Sumo Bien, principio del orden y armonía del Universo, no puede ser alcanzado sino a través de El mismo que es camino, verdad y vida (5), y realizó en la cruz nuestra redención del pecado, en toda su amplitud de tinieblas e iniquidad, para nuestra resurrección a una vida nueva de verdad, justicia y santidad, que florecerá en la magnitud de su belleza en la eterna gloria.

Esta obra redentora Jesucristo la encomendó a su Iglesia; delegó en ella su misión divina, con la efusión de su Espíritu de Verdad, el Espíritu Santo, y con el expreso mandato a sus apóstoles y sucesores: “Me fue dada toda potestad en el cielo y sobre la tierra. Id y enseñad a todas las gentes, bautizándoles en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todas cuantas cosas os ordené. Y sabed que estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos” (6).

Desde entonces la Iglesia, constituída por el mismo Dios en “columna y sostén de la verdad” (7), realizó su misión de dar testimonio de la verdad de Cristo hasta el confín de la tierra (8) y se adentró en lo más profundo del género humano con la doctrina, mandamientos y gracia de Cristo.

Encarnada en la humanidad, la Iglesia la purifica y perfecciona. Perfección que nace de la misma fuente de la

sabiduría y bondad de Dios, y capacita al hombre a ver, en su peregrinación en la tierra, el camino que le conduce a la plenitud de su felicidad. Nada de lo humano desprecia; todo lo ilumina.

Por donde se explica que la Iglesia busque, cada día y de la mejor manera posible, el perfeccionamiento del hombre en la totalidad de su ser de alma y cuerpo, y como persona y participe de la vida familiar y social. Su labor es un cultivo permanente de las potencias y virtudes humanas que, cuanto más equilibradas y armónicas son, tanto más fácilmente se convierten en sujeto apto para la asimilación de la doctrina y gracia de Cristo. De ahí, la presencia dinámica de la Iglesia en el mundo haya sido siempre un fermento de civilización y cultura, de caracteres y configuración tan propios que llevan el nombre de cristianas. Y, como lo demuestra la historia, ese es el patrimonio cultural más rico ypreciado del cual se gloria con razón la humanidad de hoy.

2 — *Origen de las Universidades*

A este propósito cabe recordar ahora que, cuando en el siglo V de nuestra era cayó aparatosamente el Imperio Romano con el empuje arrollador de los pueblos bárbaros, la Iglesia se erigió en la única fortaleza que guardó en sus acogedores muros las nobles armas del patrimonio cultural del mundo antiguo. Y, al mismo tiempo que convertía a la Fe de Cristo pueblos y naciones, se esmeraba por iniciarlos, desde los rudimentos, en una civilización más humana y progresiva. Al lado de sus catedrales y conventos, surgieron las escuelas "catedralicias" y "monacales" en las cuales recogió todo aquello que podía ser salvado y conservado de las tradiciones clásicas de saber y cultura de la antigüedad.

En el decurso de los años, y especialmente desde la época carolingia, aumentaron las necesidades de la instrucción, ya por influencia de las escuelas catedralicias y monacales, ya por la evolución político-social de aquellos tiempos. En los siglos XI y XII, la teología, la filosofía, el derecho y la medicina iban perfeccionándose día a día

y exigían nuevos cuadros de organización y nuevos métodos de enseñanza. El saber humano, que formaba unidad, en la síntesis de la reina de las ciencias, la teología, avanzaba a grandes pasos hacia conquistas más y más halagüeñas.

De esta necesidad surgieron los "Estudios Generales" (*Studia Generalia*) en París, Boloña, Oxford, Salerno, etc., para nombrar sólo algunos de los principales. La denominación "Studium Generale", cuando éste ya se generalizó en siglo XIII, entrañaba tres caracteres principales: enseñanza superior, escuela frecuentada por estudiantes de varias regiones y donde enseñaban maestros o, al menos, varios maestros (9). Más tarde estos estudios Generales se llamaron "Universidades", en cuanto reunían un grupo de personas de distintos países y regiones que se dedicaban al estudio en un mismo lugar, y se constituían en corporaciones de profesores y en corporaciones de alumnos, es decir, en una institución colectiva y orgánica. Así, en 1225, el Papa Alejandro IV llama al grupo de estudiantes y maestros de París: "Universitas Magistrorum et Scholarium Parisiis Commorantium". Universidad de maestros y estudiantes que viven en París. El término se extendió luego a la institución misma, y en el siglo XV pasó a significar una escuela superior consagrada a la adquisición de todas las ciencias, ya divinas, ya humanas.

En estas Universidades, una de las más grandes glorias de la civilización occidental, fue preponderante el papel de la Iglesia, tanto en su organización como en su desarrollo, en plena armonía con la autoridad civil y la universitaria y la libertad científica de profesores y alumnos. La autorización de enseñar en las mismas fue estrictamente una prerrogativa eclesiástica. Un documento del siglo XIII habla del *Sacerdotium*, el *Imperium* y el *Studium*, como de la triple fuente de donde el Cristianismo saca su vida y crecimiento. (11)

La función maternal de la Iglesia, que es una comunidad de creyentes, propicia a las corporaciones de la época, posibilitó primero y cristalizó después la formación de la Universidad como institución colectiva y orgánica,

donde, como en una familia de comunes intereses culturales, profesores y alumnos se dedicaban a la enseñanza y al estudio.

Nos parece, sin embargo, mucho más importante señalar que el espíritu que animó a las nacientes Universidades de Occidente fue justamente el de la misma esencia del Cristianismo. De su límpida y total concepción de la vida, a la vez que de su abundante vida sobrenatural, que dio alma y organización unitaria a las múltiples formas de la cultura medieval, nació —como su más bella flor— la Universidad. Desbordante riqueza y unidad espiritual que se trasuntaba en la multiplicidad y libertad de su organización, y en el esplendor de la verdad y el saber que la nutría (12). Una sabiduría teológica-filosófica ponía orden en los diversos órdenes del saber, y una vida auténticamente cristiana fecundizaba las raíces de toda manifestación espiritual y colocaba a la inteligencia en las mejores condiciones para su desenvolvimiento completo y ordenado. Tal unidad espiritual, además, no era solamente de la institución universitaria misma, sino que se encarnaba, por lo general, en cada uno de los maestros, en muchos casos aureolados con la santidad (13).

Hemos querido poner de relieve estos importantes datos históricos, porque demuestran el modelo sobre el cual se han trazado la realización de la mayor parte de las Universidades posteriores, así de la Edad Media, como de la Edad Moderna y Contemporánea.

S. S. Pío XI resume esa admirable obra cultural de la Iglesia cuando dice: "Aquel magnífico espectáculo que ahora vemos mejor, porque está más cerca de nosotros y en condiciones más grandiosas, como lo permiten las condiciones del siglo, fue el espectáculo de todos los tiempos, y los que estudian y confrontan los hechos, quedan maravillados de cuanto supo hacer la Iglesia en este orden de cosas; maravillados del modo con que la Iglesia logró corresponder a la misión que Dios le había confiado de educar a las generaciones humanas en la vida cristiana, y alcanzar tantos y tan magníficos frutos y resultados. Pero si causa admiración el que la Iglesia haya sabido en todo tiempo reunir alrededor de sí centenares, mi-

llares y millones de alumnos de su misión educadora, no es menor la que deberá sobrecogernos cuando reflexionemos sobre lo que ha llegado a hacer, no sólo en el campo de la educación, sino también en el de la instrucción verdadera y propiamente tal. Porque si tantos tesoros de cultura, civilización y literatura han podido ser conservados, débese a la actitud de la Iglesia, que aún en los tiempos más remotos y bárbaros, ha sabido hacer brillar tanta luz en el campo de las letras, de la filosofía, del arte y particularmente de la Arquitectura. (14)

Si ese espectáculo nos es ahora familiar, conviene recordar también que desde sus orígenes los pueblos latinoamericanos, y nuestro propio pueblo, recibieron su forma civilizada, merced a la siembra de ideas e instituciones por la Católica España que supo cumplir con su misión, por siempre enaltecida, de conquistar tribus paganas y ennoblecerlas con la fe y cultura cristiana.

Escuelas, Colegios y Universidades de la época colonial demuestran la impronta de la Iglesia a lo largo y a lo ancho del continente latinoamericano. Y, hoy, a pesar de las vicisitudes de la historia, se hermanan los países latinoamericanos en una misma fe, en igual lengua y parecidas tradiciones y costumbres que cada día las tornan más en una gran comunidad de pueblos, sin semejanza en el mundo, y en uno de los más firmes baluartes de la civilización cristiana occidental.

Y prolijo sería enumerar la acción bienhechora de la Iglesia en la América Latina. A la vista está, casi siempre sin deseos de propaganda, el maravilloso espectáculo de su acción y asistencia social, de su influencia pastoral, de sus millares de escuelas primarias y secundarias y de sus Universidades. Estas, en su mayor parte, son de reconocido prestigio e innegable influencia en la vida de los pueblos latinoamericanos. A ellas viene a sumarse la Universidad Católica "Nuestra Señora de la Asunción" que de ellas ha aprovechado acopio de experiencias y orientaciones, y une con ellas su fuerza de colaboración en la organización de Universidades Católicas de América Latina (ODUCAL).

3 — *Relaciones de la Iglesia con la Universidad*

Los hechos que acabamos de exponer demuestran que las relaciones de la Iglesia con la Universidad son de tal naturaleza que se extienden a su misma creación, desarrollo, defensa y amparo. Razones intrínsecas, no de simple conveniencia u oportunidad, se hallan en dicha actitud de la Iglesia; motivos vitales que la Iglesia lleva en sus entrañas maternas para el conocimiento de la verdad en claridad de fuentes y armonía de órdenes.

He ahí por qué la Iglesia haya sostenido y enseñado siempre que existe un doble orden de conocimiento, el natural y el sobrenatural, que se distinguen no sólo por su principio, sino también por su objeto. Por sus principios, porque en el uno se conoce por la razón natural, y en el otro por la fe divina. Y por su objeto, porque, además de aquellas cosas que la razón natural puede alcanzar, existen misterios ocultos en Dios y propuestos a la creencia, que, de no haber sido revelados por el mismo Dios, no hubieran sido conocidos (15).

Ciertamente, aunque la fe esté sobre la razón, nunca sin embargo puede existir verdadera contradicción entre la fe y la razón, puesto que el mismo Dios, que revela los misterios, había creado la luz de la razón en el alma humana, y Dios no puede negarse a sí mismo, y nunca la verdad puede contradecir a la verdad (16).

Aún más. No sólo la fe y la razón nunca pueden pugnar entre sí, sino más bien se prestan mutua ayuda, cuando la recta razón demuestra los fundamentos de la Fe, e ilustrada con su luz cultiva las ciencias de las cosas divinas, y la fe libra y cuida de errores a la razón y la instruye con múltiples conocimientos (17).

Siempre ha enseñado la Iglesia, y ello demuestra su firme confianza en la capacidad de la razón natural, que la inteligencia humana, aún sin la ayuda de la revelación y de la gracia, puede conocer, y a veces demostrar, algunas verdades religiosas como la existencia, naturaleza y atributos de Dios y su infinita perfección, la espiritualidad e inmortalidad del alma, la libertad del hombre, el

hecho de la creación y el soberano dominio de Dios sobre el mundo creado, la existencia de los milagros, la divinidad de la revelación cristiana, etc. (18)

No obstante, en esta materia se ha cuidado de aclarar que, aún cuando realmente la razón humana, con sus fuerzas y con su luz natural, puede en absoluto llegar al conocimiento verdadero de un Dios único y personal, que con sus providencia sostiene y gobierna al mundo, y asimismo de la ley natural impresa por el Creador en nuestras almas; sin embargo, no son pocos los obstáculos que impiden a la razón el empleo eficaz y fructuoso de esta su potencia natural. Porque las verdades que se refieren a Dios y a las relaciones entre los hombres, rebasan completamente el orden de los seres sensibles, y cuando entran en la práctica de la vida y la informan, exigen el sacrificio y la abnegación propia. Ahora bien el entendimiento humano, encuentra dificultades en la adquisición de tales verdades, ya por la acción de los sentidos, ya por las malas concupiscencia nacidas del pecado original. Lo cual hace que los hombres en semejantes materias fácilmente se persuadan ser falso o dudoso lo que no quieren que sea verdadero. Por esto se debe sostener que la revelación divina es moralmente necesaria para que, aún en el estado actual del género humano, todos puedan conocer con facilidad, con firme certeza y sin ningún error las verdades religiosas y morales que no son de suyo incomprendibles a la razón. (19)

Por estas poderosas razones y otras muchas que miran la utilidad de la vida, la Iglesia no se opone al cultivo de las artes y ciencias humanas, sino las ayuda y promueve de muchas maneras. En efecto, no desconoce ni desprecia los beneficios que de ellas redundan para la vida de los hombres; aún más, manifiesta que ellas como procedentes de "Dios, Señor de las ciencias", así también debidamente tratadas, conducen a Dios con la ayuda de la gracia. Tampoco prohíbe que tales disciplinas empleen sus propios principios y métodos en su propio ámbito, sino, reconociendo esta justa libertad, cuida con suma diligencia que no sustenten o admitan errores que contradigan a la doctrina, divina o, extralimitándose de sus pro-

pios fines, se ocupen de las cosas de la fe y las perturben.
(20)

Contemplada así la misión de la Iglesia, se ofrece, ante la inteligencia que la penetra y ante la memoria del hombre que la ve plasmada en su obra cultural en el decurso de los siglos, como un maravilloso templo edificado con la verdad sobre la verdad, en una magnífica unidad de orden, armonía del universo entero en canto de gloria a la altísima cumbre de la verdad, que es Dios.

Cuando reinaba en las Universidades el pensamiento guía de la Iglesia, tornáronse ellas también un maravilloso templo del saber divino y humano en concierto de los conocimientos que edifican la verdad sobre la verdad, a gloria de Dios y paz a los hombres de buena voluntad.

4 — *Apostasía del pensamiento moderno*

La inteligencia humana rectamente cultivada encuentra la verdad objetiva, y no se descamina del sendero real que conduce a Dios. Guarda naturalmente un sentido de misterio frente a la riqueza inefable que ocultan los seres en su esencia y relaciones. Y con respecto a la perfección infinita del Sumo Ser, sabe guardar las proporciones entre su capacidad de conocimiento o investigación y el límite al cual esa misma capacidad se circunscribe, sin pretender descifrar realidades que le sobrepujan o erigir su razón en el único árbitro de la verdad y el bien. De donde nace en ella cierta medida que se traduce en sabia humildad y aun de pronta sujeción a aquellas verdades, cuyos fundamentos creíbles comprueba pero cuya íntima esencia desconoce.

Así se comporta la recta razón frente a la fe y a la revelación cristiana, y edifica de consumo con ella el edificio armónico de la cultura humana en adecuada jerarquización de valores, y proyecta su límpida claridad en la orientación, estructura y desarrollo de la vida del hombre y de los pueblos.

Desde el momento, sin embargo, en que se produce un resquebrajamiento de esa armonía o su total ruina,

sobreviene el derrumbamiento de la inteligencia que, en su vertiginosa caída, arrastra los mismos cimientos de la estabilidad social.

Ese es el espectáculo que la Iglesia ha venido contemplando en el mundo moderno: la paulatina apostasía de la inteligencia humana de la fe cristiana, hasta convertirse en su declarada enemiga. En el fondo de esa apostasía es perceptible un pecado de la inteligencia contra su propio objeto, la verdad. Ha creído con soberbia sostener verdades, cuando proponía errores que erigía en verdades.

La historia del mundo moderno semeja a aquella visión de Cristo: "Contemplaba yo a Satanás, dice, caer del cielo como un rayo" (21). Es la consciente pérdida de la verdad, para precipitarse en las tinieblas de la privación casi absoluta de la luz hasta llegar a proclamar la nada que rodea al hombre. A su manera es el infierno de tortura, angustia, desesperación...

Negada la capacidad de la inteligencia a conocer la realidad objetiva, a través del nominalismo de los siglos XIV y XV, comenzó la separación de la razón de la fe. El humanismo posterior, envuelto en naturalismo intelectual y práctico, acentuó ese alejamiento. El fenómeno del Protestantismo en realidad constituyó la coronación de un largo proceso que avanzaba hacia la autonomía total de la razón de toda autoridad externa, y significó el comienzo de la sistematización de esa actitud en el campo religioso, filosófico, político, social y económico, es decir, de la secularización de la cultura. "Las dañosas y deplorables novedades promovidas en el siglo XVI, dice León XIII, habiendo primeramente trastornado las cosas de la religión cristiana, por natural consecuencia vinieron a trastornar la filosofía y por ésta, todo el orden de la sociedad civil". (22)

En el transcurso de los siglos XVII y XVIII se acentúa aún más la secularización del pensamiento moderno con el racionalismo cartesiano que da por una parte en el deísmo y el sensismo, y, por otra, en el idealismo Kantiano. Este a su vez da lugar al idealismo absoluto y

al materialismo y al positivismo. Más tarde, ya en este siglo, toma forma absoluta el materialismo, y en contrarrespuesta al fracaso de las filosofías abstractas aparece el fatídico existencialismo que, en realidad, desemboca en la nada. Y el mundo de la inteligencia sigue esperando una luz redentora...

He ahí el cúmulo de filosofías, en el fondo todas agnósticas, que imperaba omnímodo también en las Universidades modernas que, por lo mismo, en vez de convertirse en focos de luz, devinieron focos de confusión y en portaestandartes de la rebelión o autonomía total y beligerante de la razón de la fe cristiana.

A la sombra de tales ideologías se desarrollaron los acontecimientos; se crearon instituciones; se estructuraron los Estados; surgió el llamado "Derecho Nuevo"; estalló la Revolución Francesa (que arrasó a sangre y fuego la sociedad cristiana y la misma organización corporativa de las Universidades); se incubó y cristalizó el Comunismo ateo; se despojó a la Iglesia de todos sus derechos e imperó contra la misma el laicismo más sectario; se quiso edificar "nuevos cielos y nuevas tierras" con los mitos del progreso, de la razón, de la raza, y se desembocó en la desintegración más pavorosa del pensamiento, cuyo símbolo de aniquilación es la bomba atómica.

S. S. Pío XII nos dice con magistral acierto: "Hoy el mundo entero está amenazado. Pero no preguntéis cuál es el "enemigo", ni qué vestidos lleva. Este se encuentra en todas partes y en medio de todos. Sabe ser violento y tímido. En estos últimos siglos ha intentado llevar a cabo la disgregación intelectual, moral, social de la unidad del organismo misterioso de Cristo. Ha querido la naturaleza sin la gracia; la razón sin la fe; la libertad sin la autoridad; a veces, la autoridad sin la libertad. Es un "enemigo" que cada vez se ha hecho más concreto con una despreocupación que deja todavía atónitos: Cristo, sí; Iglesia, no. Después: Dios, sí; Cristo, no. Finalmente, el grito impío: Dios ha muerto; más aún, Dios no ha existido jamás. Y he aquí la tentativa de edificar la estructura del mundo sobre fundamentos que Nos no dudamos en señalar como a principales responsables de la amenaza que gravita

sobre la humanidad: una economía sin Dios, un derecho sin Dios, una política sin Dios. El "enemigo" se ha preparado y se prepara para que Cristo sea un extraño en la Universidad, en la escuela, en la familia, en la administración de la justicia, en la actividad legislativa, en la inteligencia entre los pueblos, allí donde se determina la paz o la guerra". (23)

5 — *Renovación cristiana*

En medio de la apostasía general del pensamiento moderno y de la secularización de la cultura, la Iglesia emprendió, desde el segundo decenio del siglo pasado hasta nuestros días, una tarea inmensa: reanudar una tradición casi totalmente interrumpida, descubrir, por decirlo así sus tesoros, atender al verdadero progreso de las ciencias y luchar con los nuevos sistemas, cada día más poderosos por su número y prestigio. (24)

Tarea que dio por frutos la restauración, según el módulo de los grandes teólogos y filósofos católicos, especialmente de Santo Tomás, de la teología, la filosofía, el derecho, las ciencias sociales, la pedagogía, etc.; el surgimiento de Academias y Universidades; la multiplicación de pensadores católicos de alta categoría que dedican sus esfuerzos no sólo a restaurar, sino a hacer progresar con brillo la filosofía tradicional, y ofrecer a las demás ciencias unos fundamentos firmes e incommovibles; el reordenamiento de las cosas humanas de acuerdo con la doctrina social de la Iglesia.

En esta gigantesca labor resplandece la acción iluminadora de los Romanos Pontífices. Pío IX (1846-1878), fundador de la Academia filosófico-teológica, reprobó en varias encíclicas los errores modernos, y los recogió y condenó en el Syllabus. León XIII (1878-1909), fundador de la Academia Romana de Santo Tomás y promotor de la fundación de otras, erigió una cátedra de filosofía tomista en la Universidad de Lovaina; con numerosas encíclicas y alocuciones abogó por la renovación de la filosofía católica, y en la *Aeterni Patris*, su principal documento en la materia señaló: "La causa de cuantos males nos

afligen o amenazan es la falsa filosofía la cual, habiendo salido hace ya mucho tiempo del recinto de las escuelas, ha penetrado insensiblemente en todas las clases sociales con general aprobación". (25)

San Pío X (1903-1914), con su llamado a "Instaurare omnia in Christo", instaurar todas las cosas en Cristo, impulsó las ciencias católicas y condenó el modernismo, agregado de todas herejías y errores antiguos y modernos. Pío XI (1922-1939), urgió la observancia exacta de la disposición eclesiástica, que se refiere a los estudios superiores, según el método, la doctrina y los principios de Santo Tomás, y, con sus encíclicas *Studiorum Ducem* y *Deus Scientiarum Dominus*, sintetizó su acción iluminadora en la renovación de la ciencia católica.

Pío XII (1939-1958), iluminó, como en síntesis, portentosa, todos los campos del saber divino y humano, y mostró especial predilección hacia los intelectuales de todas las razas y lenguas, hacia la universalidad de la inteligencia, para que se dejen iluminar por la luz indeficiente de la verdad de Cristo. Por lo mismo, la Universidad como tal y los universitarios recibieron de él tales directivas que constituyen su carta magna.

Como Cristo "en la plenitud de los tiempos" (26), la Iglesia sale hoy al encuentro del mundo moderno para salvarlo del diluvio del error y retornarlo a Dios, única fuente y cima de la verdad.

6 — *Concepción Católica de la Universidad*

Dentro de la corriente de renovación del pensamiento, la concepción católica de la Universidad ocupa importante lugar. Una se refiere más bien toda la Universidad, en las actuales circunstancias docentes y a las necesidades ambientales, y otra, a la Universidad Católica como tal. En ambas, empero, campea la síntesis del saber.

Como heredera del patrimonio cultural de la humanidad, la Universidad procura conservarla, y hacerla pro-

gresar. Y su idea generatriz, por decirlo así, es la educación superior del hombre, con la transmisión de conocimientos, valores y métodos calificados.

Por la misma razón, la Universidad imprime en Profesores y alumnos un trabajo creador producto del espíritu entregado al saber. Labor superior que, por su textura y finalidad se dirige principalmente a la inteligencia, como a la actividad más pura y noble del espíritu, que fortalece, agudiza y coordina las demás facultades humanas.

La comunidad de profesores y alumnos consagrados a ese alto ideal no sólo es una condición material de organización, sino es la esencia misma de la Universidad en su aspecto formal, de tal manera que la configura en una sociedad netamente individualizada que, por propia naturaleza, exige libertad y autonomía propia de organización y desarrollo, dentro, claro está, de las exigencias del bien común.

Si bien proporciona al hombre una cultura superior, que lo libera de las servidumbres interiores y exteriores, la Universidad debe ser a la vez finamente especializada como las ciencias y total como la sabiduría, debe llegar a la síntesis del saber por sobre la oposición entre la cultura especial y la cultura general. (27)

Concebida y realizada de esta manera, la Universidad hállese en las mejores condiciones para prestar sus irremplazables servicios a la juventud cobijada en sus aulas, y a la sociedad que de ella se nutre y se perfecciona. "Para quien considera una Universidad como una comunidad de maestros y estudiantes, dice S.S. Pío XII, es incontestable que su misión consiste en ser un foco irradiante de vida intelectual en beneficio de la comunidad nacional, en una atmósfera de sana libertad, propia para toda cultura". (28)

El Cardenal Mercier, uno de los beneméritos renovadores de la Universidad Católica, afirma: "Lo que la Universidad realiza en el mundo profano, la Universidad Católica está llamada a cumplir en la sociedad de creyen-

tes. No es posible admitir que personas cultas que abrigan la noble ambición de ampliar el vuelo de sus facultades en el dominio de las disciplinas profanas, sufran el desequilibrio moral subsiguiente al hecho de que su cultura religiosa se ha quedado rezagada en relación con su formación científica". (29)

"La Universidad, según S. S. Pío XII, no dice solamente yuxtaposición de Facultades extrañas las unas a las otras, sino síntesis de todos los objetos del saber. Ninguno de ellos está separado de los otros en un departamento estanco; todos deben converger en la unidad del campo intelectual integral. Y los progresos modernos, las especializaciones, cada vez más amplias, hacen esta síntesis más necesaria que nunca. De otra forma, sería grande riesgo de una alternativa entre el exceso de independencia, el aislamiento de esta especialización, en detrimento de la cultura y del valor general, y por otra parte, el desarrollo de una formación general, más superficial que profunda, en detrimento de la precisión, de la exactitud, de la competencia verdadera. Realizar esta síntesis en la medida de lo posible, es el papel de la Universidad; realizarla hasta su núcleo central, hasta la clave del arco de su edificio, por encima mismo del orden natural, es la finalidad de una Universidad Católica. (30)

"Por encima misma del orden natural", es decir, en el orden sobrenatural, de la armonía de la razón y la fe, de la naturaleza y la gracia, es la síntesis propia de las Universidades Católicas. "Ellas, dice S. S. Pío XII, son las únicas que pueden continuar el esfuerzo de síntesis hasta la clave del edificio, ya que esta unidad no tenderá hacia su perfección más que en la medida en que esta se buscará en Dios, en la caridad iluminada por la ciencia, conforme a la verdad única del evangelio, bajo la conducción de la Iglesia una y santa". (31)

"Al servicio de la juventud que estudia, esas Universidades, coronadas por la enseñanza de la Filosofía cristiana y de la Teología, serán escuelas de verdad; ellas serán, además, maestra de vida cristiana, moral, cívica y social". (32)

7 — *La Universidad Católica*
“Nuestra Señora de la Asunción”

Guiados por la experiencia y orientaciones seculares de las Universidades Católicas del mundo y por las luminosas doctrinas pontificias y de acuerdo con ellas, hemos puesto en la base de los Estatutos de la Universidad Católica la siguiente definición de su naturaleza y finalidad:

“La Universidad Católica “Nuestra Señora de la Asunción”, constituida en Comunidad de Profesores, Alumnos y Graduados, bajo la autoridad, tutela y amparo de la Iglesia, es una Institución educativa de cultura superior, que tiene por objeto:

a - Conservar, transmitir y acrecentar el patrimonio espiritual del género humano, considerado en su triple dimensión, moral, científica y técnica, y en su orden natural y sobrenatural;

b - Proporcionar una sólida educación religiosa, conforme a la doctrina y normas de la Iglesia Católica;

c - Habilitar al recto ejercicio de las profesiones liberales y técnicas;

d - Promover el cultivo y difusión de las ciencias y artes, y fomentar en sus miembros el espíritu de investigación en las distintas disciplinas del saber”. (33)

Es nuestro vivísimo anhelo que esta Comunidad Universitaria se convierta en el foco irradiante de vida intelectual en beneficio de la comunidad nacional, que cada día debe ser más una, ordenada y pacífica.

8 — *Derechos de la Iglesia para fundar y poseer*
universidades y de reclamar la enseñanza libre

Traemos a la memoria lo que, en nuestra Carta Pastoral de noviembre de 1.958 sobre “Algunos aspectos del Problema Escolar”, afirmábamos: “La Iglesia reclama para sí el derecho de intervenir en la educación, desde el momento en que se trate de católicos, hijos suyos, suje-

tos a la maternidad sobrenatural a partir del bautismo.
(34)

Ella ha recibido de Cristo la misión de enseñar y de dirigir a los hombres en la Fe, y por lo tanto dispone de un poder doctrinal y de dirección moral, independiente de toda potestad terrena, que se impone a todos los fieles y les obliga a tomar en cuenta sus prescripciones en el campo de la educación de sus hijos.

Por eso, es derecho inalienable de la Iglesia y a la vez deber suyo indispensable, vigilar toda la educación de sus hijos, en cualquier institución, pública o privada, no sólo en lo referente a la enseñanza religiosa allí dada, sino también en toda otra disciplina y disposición en cuanto se refiere a la Religión y a la Moral. (35)

Hay más: en virtud de su misión educadora y maternal, a la Iglesia le corresponde, de una manera supereminente, el derecho de fundar, administrar y dirigir, en todos los niveles escuelas propias, que deben ser reconocidas por el Estado como públicas, puesto que la Iglesia no es una entidad privada, sino de derecho público, por ser una sociedad perfecta y soberana en su propio orden".
(36)

Acorde con esta doctrina y práctica multiseccular, el Código de Derecho Canónico establece: "La Iglesia tiene derecho a fundar escuelas de cualquier disciplina, no sólo elementales, sino también medias y superiores". (37)

La Constitución Nacional fundamentalmente reconoce este derecho de la Iglesia en su Art. 19º. que asegura el derecho de aprender y enseñar a todos los habitantes del país. "Se puede afirmar, dice S. S. Pío XII que el Estatuto que un país reserve a escuela privada —es decir, la escuela que no está regentada por el Estado— refleja con gran exactitud el nivel de vida espiritual de dicho país. Un Estado que se atribuya a sí mismo exclusivamente la tarea de la educación y prohíba a los privados y a los grupos independientes asumir una responsabilidad en este campo, manifiesta una pretensión incompatible con las exigencias fundamentales de la persona humana. El

ideal de libertad de la escuela es admitido por todos los regímenes políticos que reconocen los derechos del individuo y de la familia". (38)

Por lo que a América Latina se refiere, en que existen numerosas Universidades Católicas, la mayoría de los países reconocen este derecho de la Iglesia y de la libertad de enseñanza, derogando o suavizando aquellas leyes y disposiciones, frutos de un laicismo sectario ya ampliamente superado que, en nombre de una decantada "neutralidad", oprimía las conciencias cristianas, violentando el derecho natural y monopolizando la enseñanza para sus fines proselitistas de indiferencia y escepticismo religioso.

9 — *Conclusión*

Nuestra mirada, un tanto velada por las escenas de dolor que hondamente nos han entristecido siempre, no deja de ver que nuestro país lleva muchos años de divisiones y discordia; muchos años en que los errores de la inteligencia, que hace un momento referíamos, se han enseñoreado de las mentes y corazones de nuestras juventudes estudiosas y aún de nuestros propios intelectuales y dirigentes; muchos años en que la indeficiente y bienhechora luz de la verdad de Cristo fue apagada o rechazada en nuestros medios intelectuales, en las escuelas de todos los niveles y en la vida ciudadana.

Además, al Paraguay, hoy, no es extraño, la crisis total de la humanidad que, consciente o inconscientemente y después de un tremendo fracaso producido por el alejamiento de Dios, espera su salvación de Cristo, "puesto que no existe debajo del cielo otro nombre dado a los hombres, en el cual hayamos de ser salvos". (39).

Estamos frente a una empresa común en la que son llamados a participar todos los hombres de buena voluntad, máxime cuando se yergue colosal el materialismo ateo pronto a triturar al mundo con el peso inmenso de su soberbia.

Exhortamos, pués, a nuestro bienamado Clero secular y regular, a las Comunidades de Religiosas, a la "Acción Católica" y a las Asociaciones de Apostolado Seglar, a las Instituciones Católicas, a todos nuestros fieles hijos a secundar con su fervoroso apoyo la vida y el desarrollo de la Universidad Católica "*Nuestra Señora de la Asunción*", obra y pertenencia de la Iglesia, y, por lo mismo, de todos los católicos. A este noble fin establecemos como "Día de la Universidad Católica" el 15 de agosto, fiesta de Nuestra Señora de la Asunción", y ordenamos que las colectas de las misas de ese día sean "Pro Universitate".

Asimismo os exhortamos, amados hijos, a prestar vuestro apoyo moral y material a la Asociación de los Amigos de la Universidad Católica que acaba de ser organizada bajo el patrocinio de la Conferencia Episcopal Paraguaya.

Con humilde oración, participada por vosotros, elevamos a Dios y a la Ssma. Virgen nuestros corazones, con el fin de pedirles que derramen abundantes gracias y bendiciones sobre la Universidad Católica "*Nuestra Señora de la Asunción*" y ésta se torne un hogar donde sabroso y compartido sea el pan del saber, orgánica la vida, constante el trabajo, pacífica la educación y amable el ideal, a *Gloria de Dios y bien de la patria*.

Aníbal Mena Porta, Arzobispo de Asunción y Presidente de la Conferencia Episcopal Paraguaya; *Emilio Sosa Gaona*, Obispo de Concepción; *Agustín Rodríguez*, Obispo de Villarrica; *Ramón Bogarín Argaña*, Obispo de San Juan Bautista; *Angel Muzzolón*, Vicario Apostólico del Chaco; *Walter Veervoort*, Vicario Apostólico del Pilcomayo; *Juan Wiesen*, Prelado Nullius de Encarnación; *Aníbal Maricevich*, Obispo Auxiliar de Asunción; *Julio B. Laschi G.*, Obispo Auxiliar de Concepción.

N O T A S

- (1) Santiago 1, 17.
- (2) Eccell. 24, 24.
- (3) S. Juan 1, 1-24.
- (4) S. Juan 18, 37.
- (5) S. Juan 14, 6.
- (6) S. Mateo 28, 19-20.
- (7) I Tim. 3, 15.
- (8) Hechos de los Apóstoles 1, 8.
- (9) Gerald Phelan: "Origines et evolution historique de l'Université", La Mission de L'Université, XXII Congrès Mondial de Pax Romana, pág. 41.
- (10) *Ibid.* p. p. 41-42.
- (11) *Ibid.*
- (12) Sapientia — Año 3, N° 9, págs. 108 - 109.
- (13) *Ibid.* p. 200.
- (14) Enc. Div. Illius Mag. N° 14.
- (15) Concilio Vaticano — Ses. III — Cap. 4. D. 1795.
- (16) *Ibid.* D. 1797.
- (17) *Ibid.* D. 1799.
- (18) Cfr. D. Ind. syst. I d.sq.
- (19) Conc. Vat. D. 1876; Pío XII, Enc. Humani Generis.
- (20) *Ibid.* D. 1799.
- (21) S. Luc. 10, 18.
- (22) Enc. Inmort. Dei N° 31.
- (23) Discurso en el XXX aniversario de la unión de hombres de Acción Católica Italiana, 12-X-52.
- (24) Federico Klinke, S.J.: Historia de la Filosofía, lib. 12 cap. 3 pág. 778.
- (25) Aeterni Patris, N° 2.
- (26) Gal. 4, 4.
- (27) Cfr. Oliver Lacombe: L'idee de l'Université — Mission de l'Université, págs. 58 - 70.
- (28) Carta autógrafa a Pax Romana — 12-VIII-52.
- (29) Disc. en el Cincuentenario del Instituto Católico de París.
- (30) Disc. al Inst. Cat. de París 21-IX(50).
- (31) Documentación Católica, N° de 14-X-42.
- (32) Pío XII: Discurso al Comité Internacional para la unidad y universalidad de la cultura, 14-XI-1954.
- (33) Estatuto de la Universidad Católica "Nuestra Señora de la Asunción". Art. 1.
- (34) Pío XI: Div. Illius Mag. N° 10-15.
- (35) *Ibid.* N° 13.
- (36) Pastoral Colectiva del Episcopado Paraguayo, N° 6.
- (37) Cód. D. C.: Cán. 1375.
- (38) Aloc. a la 1ª Asamblea de Escuelas Privadas de Europa. 10-XI-1957.
- (39) Hechos de los Apóstoles, 4, 12.